



PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 6 DE NOVIEMBRE DE 1882.

NÚM. 41.

SUMARIO.

1. Traje de calle.—2. Traje de recibir.—3 y 4. Dos bordados de guipur sobre red.—5 y 6. Taburete largo.—7. Cenefa para pañuelos.—8. Cuello Luis XIII.—9. Cuello de encaje Renacimiento.—10 y 11. Bata elegante.—12 y 25. Vestido de raso y felpa.—13 y 15. Vestido de paño.—14. Vestido de velo.—16. Vestido de faya y raso.—17. Vestido de velo y raso.—18 y 19. Vestido de paño.—20 y 21. Vestido de lanilla escocesa.—22. Vestido de paño angola.—23. Corpiño de raso con dibujos de terciopelo.—24. Chaqué de paño bordado de trencilla.—26. Vestido de reps de seda.—27 á 35. Trajes para niñas y niños.

Explicación de los grabados.—Las alas rotas, poemita en prosa á la Srta. D.^a Fernanda Aguilar (conclusion), por D. José Ramon Mérida.—Salones, teatros y modas, por Taline.—Poesías: La Transverberacion del corazón de Santa Teresa de Jesus, por D.^a Josefa Estevez de G. del Canto; El tercer Centenario de Santa Teresa de Jesus, por D. Fernando Araujo.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicacion del figurin iluminado.—Suelos.—Salto de Caballo.

Traje de calle.—Núm. 1.

Vestido de lanilla azul y raso *radamés* del mismo color. Falda con volantes de raso plegados, alternando con tres delanteros redondos y respunteados de lanilla. Tira ancha bordada en los costados. Por detras, un paño grande plegado y un lazo grande de raso. Corpiño de lana alto y terminado en punta.

Traje de recibir.—Núm. 2.

De raso color de núa y vigoña bordada de color más claro. Falda con tablas anchas triples. El borde inferior va adornado con tres volantitos. Túnica y corpiño de vigoña. La túnica corta va ribeteada de un encaje *ficelle*. El corpiño, en punta, se abre formando solapas de encaje *ficelle* sobre un camisolín de raso plegado. Lazo grande en el lado izquierdo, con largas caídas anudadas en sus extremos.

Dos bordados de guipur sobre red.—Núms. 3 y 4.

Estos dos bordados representan, uno de ellos (dibujo 3), el bordado del fondo de una cabecera, y el otro (dibujo 4), la cenefa que rodea la cabecera. Se les ejecuta sobre red ó malla recta con hilo de mediano grueso, al punto de lienzo, punto de zurcido y punto de espiritu.

Taburete largo.—Núms. 5 y 6.

Es de nogal tallado, con adornos dorados. La parte de encima va cubierta de una tira hecha de tapicería, al medio punto (véase el dibujo 6), y que va terminada en unas tiras de felpa color de aceituna oscuro. Se forran estas tiras de una tela de lana color de aceituna,

na, y se adornan los bordes trasversales con un fleco de bolas de 16 centímetros de ancho. Los lados largos de la tira van adornados con un cordón grueso de seda.

Cenefa para pañuelos.—Núm. 7.

Para ejecutar esta cenefa se pasan sobre hule los contornos del dibujo, y se cose, siguiendo los contornos, un galoncillo igual al del encaje inglés. Los puntos de union del galoncillo van fijados uno sobre otro con varias puntadas hechas con hilo fino. Se llenan los cuadros formados de este modo con hebras lanzadas y ruedas. El contorno de la cenefa va terminado en piquillos tejidos. Se aplica luego esta cenefa, como indica el dibujo, sobre batista ó linon fino, y se la fija con puntos de foston.

Cuello Luis XIII.—Núm. 8.

Es de encaje de Luynes, y forma sobre el corpiño unos pliegues levantados por medio de un bullon de *surah*. Chorrera de encaje de Luynes.

Cuello de encaje Renacimiento.—Núm. 9.

En torno del escote va una banda de gasa huri, que termina en un lazo grande abierto en forma de corazón.

Bata elegante.—Núms. 10 y 11.

Este elegante *deshabillé* es de seda negra y seda azul claro. La espalda es semi-ajustada en los lados; en medio, cerca del cuello, ya puesto un paño fruncido hasta los hombros, de donde cae en pliegues, que se abren para formar la cola. El centro del delantero es de seda azul plegada y va guarnecido con lazos grandes. Las mangas, muy anchas, son de seda negra en la parte superior y de encaje plegado en la inferior, donde las termina un volante de encaje y una cinta anudada.

Vestido de raso y felpa.—Núms. 12 y 25.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figs. 20 á 32 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Vestido de paño.—Núms. 13 y 15.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de velo.—Núm. 14.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de faya y raso.—Núm. 16.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de velo y raso.—Núm. 17.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de paño.—Núms. 18 y 19.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de lanilla escocesa.—Núms. 20 y 21.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de paño Angola.—Núm. 22.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.



1.—Traje de calle.

2.—Traje de recibir.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

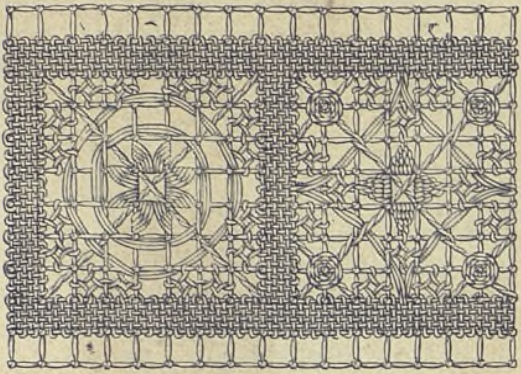
Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal

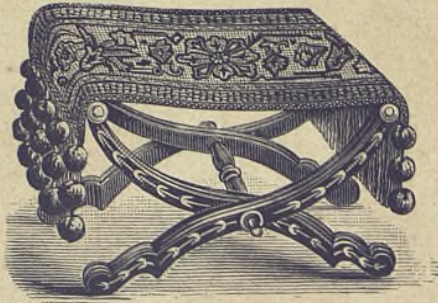


Perfil institucional en Facebook

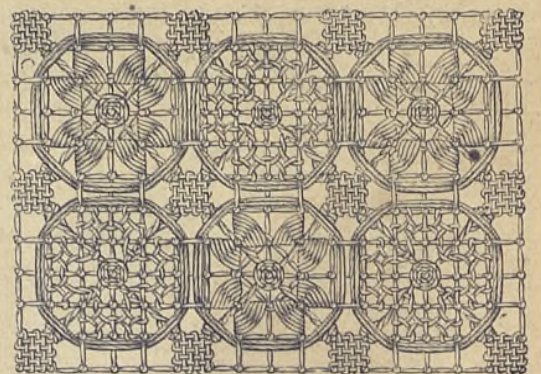
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador



3.—Bordado de guipur sobre red, para cabeceras.



5.—Taburete largo. (Véase el dibujo 6.)



4.—Bordado de guipur sobre red, para cabeceras.

Corpiño de raso con dibujos de terciopelo.—Núm. 23.

Para la explicacion y patrones, véase el núm III, figs. 15 á 19 de la Hoja-Suplemento.

Chaqué de paño bordado de trencilla.—Núm. 24.

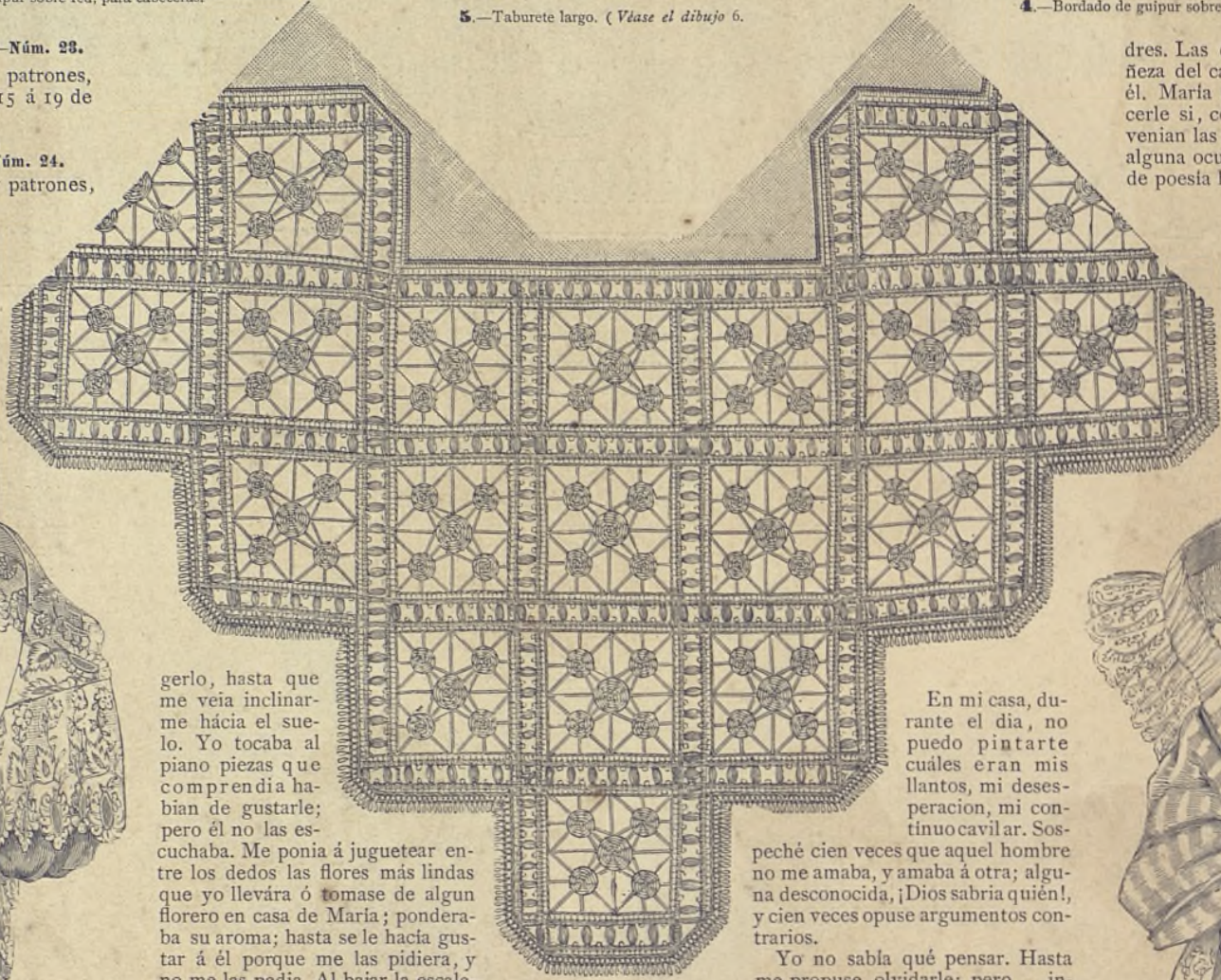
Para la explicacion y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de reps de seda. Núm. 26.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Trajes para niñas y niños. Núms. 27 á 35.

Para la explicacion y patrones, véase la Hoja-Suplemento.



7.—Cenefa para pañuelos.



8.—Cuello Luis XIII.



9.—Cuello de encaje Renacimiento.

gerlo, hasta que me veía inclinarme hacia el suelo. Yo tocaba al piano piezas que comprendía habian de gustarle; pero él no las escuchaba. Me ponía á jugar entre los dedos las flores más lindas que yo llevara ó tomase de algun florero en casa de Maria; ponderaba su aroma; hasta se le hacía gustar á él porque me las pidiera, y no me las pedía. Al bajar la escalera, cuando se acababa la tertulia, fingía tropezar en los escalones, por ver si me daba el brazo; pero á tal extremo llegaba su distraccion, que no me le ofrecía. En fin, Fernanda; yo, al elegir asiento, en la conversacion, al repartir las tacitas de té, en todas las coyunturas posibles le mostré preferencia y consideracion: todo fué en vano.

En mi casa, durante el dia, no puedo pintarte cuáles eran mis llantos, mi desesperacion, mi continuo cavilar. Sospeché cien veces que aquel hombre no me amaba, y amaba á otra; alguna desconocida, ¡Dios sabría quién!, y cien veces opuse argumentos contrarios.

Yo no sabía qué pensar. Hasta me propuse olvidarle; pero.... inútilmente.

Yo procuraba, al desplegar mi táctica, que nadie lo notara más que él. Aun de Maria me tapaba.

VII.

¡Cruelles suposiciones!

Sin embargo, una tarde, hablando con Maria, no sé de qué, recayó la conversacion sobre An-

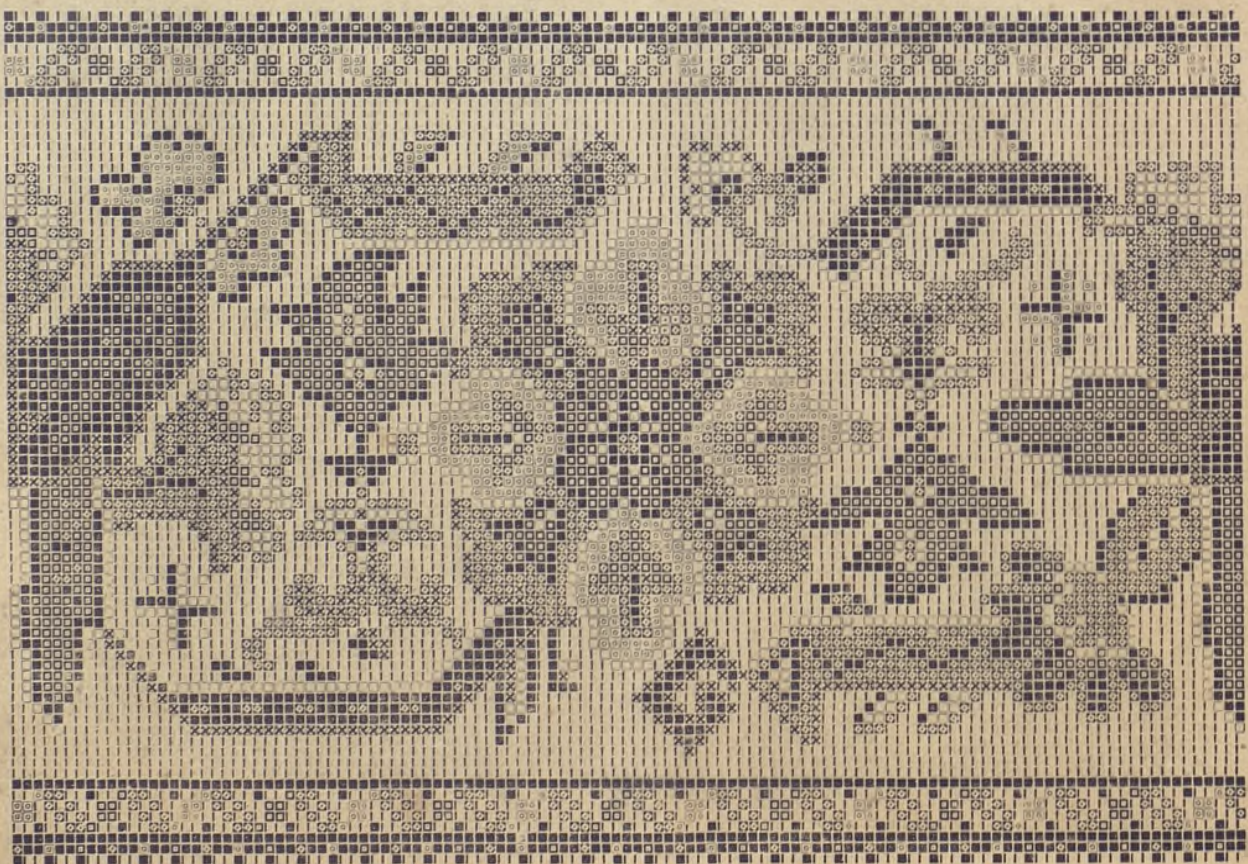
dres. Las dos manifestamos extrañeza del cambio que se notaba en él. Maria se aventuró á compadecerle si, como era verosímil, provenían las melancolias del jóven de alguna oculta pasion. Aquella nota de poesia hizo vibrar cuerdas intimas de mi corazon; me sentí solicitada por imperioso deseo de mostrar mi oculto sentimiento, y al cabo, despues de varias palabrillas de muy buen sonido para el alma, confié á Maria mi secreto y la pinté mis torturas horrendas. Maria me escuchó con grandísimo interes, y me dijo que

LAS ALAS ROTAS.

(CONCLUSION.)

Y tú—me preguntarás—¿no eres mujer? ¿no te sugería la astucia medios de romper aquel enmudecimiento? —Si: yo procuré sentarme á su lado en las partidas de tresillo; confabulándome con él, hacer trampas por bajo de la mesa cuando jugábamos á la perejila. Cuando lo vi solo en algun rincón, fui á sentarme junto á él, diciéndole por broma que llevaba el fin de consolarle. Esto fué al principio; mas, al ver la persistencia de su silencio, perdí la confianza para gastarle bromas; me sentí poseída de timidez semejante á la suya, y se me antojó que entre ambos existía un misterio que nos ataba las manos, pero cuyo sentido los dos conocíamos perfectamente.

Entonces recurrí á otros medios. Por ejemplo: estando á su lado, se me caía el pañuelo ú otra cosa cualquiera; él estaba tan distraido, que algunas veces no se daba cuenta de que debía co-



6.—Tira del taburete largo. (Véase el dibujo 5.)

Explicacion de los signos: ■ verde aceituna; ■ marron oscuro; X marron mediano; □ marron claro; □ azul; ⊕ encarnado; | fondo.

á su entender, aquel hombre debía amar á alguien que no conocíamos ninguna de las dos. Maria me hizo ver indicios claros: ¿cómo aquel hombre, ántes tan franco y alegre en aquella casa, se mostraba tan ceremonioso y tan triste? Además, si tenía interes, ¿por qué iba allí con ménos frecuencia?

Esto acabó de convenirme.

Maria me desilusionó. Maria veía el caso con una serenidad de que yo no podía ser dueña.

Pero ¡ay! no por esto se apagó el fuego que en mi corazon ardia; no por esto cesó mi afán; no por esto menguó el atractivo, la simpatía que me inspiraba aquel hombre. Que el incentivo de los celos, y más celos de una desconocida, que quizás me superara en hermosura, me enardecía, y me empeñaba, y me hacía desear con mayor vehemencia el amor de Andres. ¡Qué desesperacion la mia!

Sin embargo, no podía convencerme de que el objeto de su amor (porque, sin duda, amo

padecia Andres) estuviere en otra parte que en casa de Maria. A fuerza de observarle, vi en él ciertas emociones, cuya causa no podía menos de estar allí, cuando de tal modo y tan bruscamente le asaltaban. Pero ¿por qué tal silencio? ¿Acaso aquel hombre, tan espontáneo y chistosamente atrevido en sus bromas

y ameno discurrir de ántes, era tímido como una criatura cuando se trataba del amor? Si; así debía ser, y de ello me convenci en cierta ocasion. Figúrate, Fernanda, que mi madre pidió su pañuelo, que habia dejado en el bolsillo del abrigo que dejó, al llegar, en el recibimiento. Maria y yo nos apresuramos



12.—Vestido de raso y felpa. Espalda.
(Véase el dibujo 25.)
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 20 á 32 de la Hoja-Suplemento.)



10 y 11.—Bata elegante. Delantero y espalda.



13.—Vestido de paño. Espalda.
(Véase el dibujo 15.)
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



14.—Vestido de velo.
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

15.—Vestido de paño. De'antero. (Véase el dibujo 13.)
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



16.—Vestido de faya y raso.
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

17.—Vestido de velo y raso.
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

NIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



18 y 19.—Vestido de paño. Delantero y Espalda. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



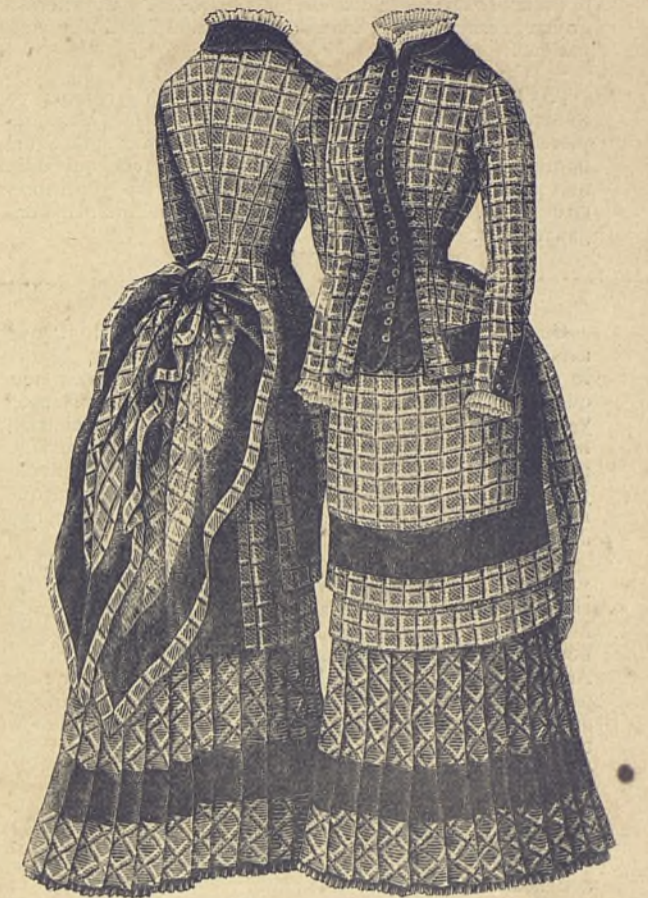
22.—Vestido de paño angola. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



24.—Chaqué de paño bordado de trenilla. (Explic. y pat. núm. I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.)



23.—Corpiño de raso con dibujos de terciopelo. (Explic. y pat. núm. III, figs. 15 á 19 de la Hoja-Suplemento.)



20 y 21.—Vestido de lanilla escocesa. Espalda y delantero. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

á ir por el pañuelo. María se me adelantó; Andres quiso evitarnos la molestia, y no sólo nos disputó la puerta que conducía al recibimiento, sino que salió tras de María. Yo les seguí con la vista, y vi que, en el recibimiento, aquel hombre, presa de violenta emoción, trató de decir algo á María, movió los labios y accionó de un modo extraño, pero no expresó nada. María lo miró como enojada, y vino hacia la sala con el abrigo, dejando á Andres desairado y perplejo. ¡Ah! lo confieso, si; en aquella ocasion cruzó por mi mente, súbita como relampago, una sospecha horrible. Pero despues pensé: «Andres busca intérprete para declararme su amor, y ni á eso se atreve. ¡Qué tímido!»

Yo me volvía loca con todo esto. ¿Qué hacer? Está escrito ó determinado por Dios ó por la Naturaleza que la mujer no pueda decir al hombre: «Te amo.» Es el hombre quien debe pretender; la mujer, conceder. Y bien: si este dichoso hombre no pretendía, aunque se moría de deseos, no sé por qué fatal rubor, impropio en su sexo, ¿qué podía yo hacer? Debía, en esta ocasion, ser el mundo al revés y ser yo quien me declarase á él?

Ya comprenderás, Fernanda, que desechaba tan absurdo procedimiento. «¡Qué lástima no tener pantalones!» pensaba; y ¡lloraba tanto!

VIII.

¡Cruces palabras!

A todo esto, el mes de Febrero espiraba.

Yo muchas veces habia hablado á Andres de sus melancolias. El adoptaba el sistema de evadirse de la cuestion.

Una noche dió la coincidencia de que Andres y yo quedamos solos en un extremo del gabinete contiguo á la sala, sentados en el mismo sofá.

—Usted siempre tan triste—le dije.

—Y lo peor del caso es que hay otra persona tan triste como V. y por la misma causa.



25.—Vestido de raso y felpa. Delantero. (Véase el dibujo 12.) (Explic. y pat. núm. IV, figs. 20 á 33 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Vestido para niñas de 8 á 10 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

28.—Delantal para niñas de 4 á 6 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

29.—Delantal para niñas de 1 á 2 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

30.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

31.—Traje para niñas de 11 años. (Explic. y pat. núm. VI, figs. 42 á 49 de la Hoja-Suplemento.)

32.—Traje para niños de 7 á 9 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

33.—Delantal para niñas de 3 á 5 años. (Explic. y pat. núm. II, figs. 12 á 14 de la Hoja-Suplemento.)

34.—Vestido para niñas de 2 á 4 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

35.—Impermeable para niñas de 8 á 10 años. (Explic. y pat. núm. V, figs. 33 á 41 de la Hoja-Suplemento.)



26.—Vestido de reps de seda. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

—¿Cómo?—exclamó él, incorporándose bruscamente. —Si—repuse yo, mirándole con toda la diplomática elocuencia de que pude echar mano;—con una sola palabra suelen aclararse las situaciones más difíciles. —¡Ah! Ella la ha dicho á V. algo? ¿Usted viene á darme esperanza?—añadió dando expansion á todo el fuego que venía reprimiendo tanto tiempo hacia. —Dígamele V., si; ¿me ama, me ama María? ¿no me desprecia, no me odia?

¿Cómo pintarte, Fernanda, lo que en mí pasó? ¡Qué horror! ¡Qué honda herida me causó aquel hombre! Me le quedé mirando con los ojos fijos: ¡tal era mi asombro! El no reparó en mi turbacion: tal era su éxtasis, y me dijo, loco de amor:

—¡Por Dios, Manuela, dígala usted que la amo!

Estuve á punto de perder el sentido. Dudé si ponerme en pié y salir de la estancia. Nada me faltó para mostrar á aquel hombre el daño que me hacia y llamarle verdugo sin entrañas; pero mi amor propio pudo más, y refrené mis impetus, y contuvo mi lengua, y me sugirió artificios para mostrarme tranquila; y, levantándome, poner término á la escena con una afirmacion, indicada por un movimiento de cabeza, de que cumpliría su deseo.

¡Asómbtrate, Fernanda! ¡Yo antes de salir de casa de mi tío, aquella noche, yo la dije á María: «¡Andres es á ti á quien ama!»

¡Ah! en su semblante leí que ya lo sabia; en su silencio, en su frialdad y en su mirada hacia el suelo, entendí que ella me habia engañado cuando me dijo que Andres amaba á una desconocida. Y adiviné más: en la complacencia de María adiviné que ¡le amaba!

—Se lo pregunté, sin embargo, espontáneamente.

—Si—me contestó;—sólo que yo quisiera que me

yet nos dominará, dentro de breves instantes, desde su globo, y para conocer á la valerosa señorita que piensa acompañarle.

Hasta dentro de quince días.

TALIME.

Madrid, 2 de Noviembre de 1882.

LA TRANSVERBERACION

DEL

CORAZON DE SANTA TERESA DE JESUS.

ODA.

(Primer premio del Certámen de poetisas españolas de Alba de Tórmes.)

«Pues mi amado á mí, y yo á mi amado. ¡Quién será el que se meta á despartir y á matar dos fuegos tan encendidos!
»Será trabajar en balde, porque ya se han tornado en uno.»
(SANTA TERESA: *Meditaciones del alma á su Dios*, 16.)

I.

¡Oh amor de Dios! ¡amor de los amores!
¡Feliz el corazón que arde y se inflama
En tu divina llama!
¡Feliz la inteligencia
Que iluminan tus vívidos fulgores!
Ella se elevará con alto vuelo
Donde jamás llegó la humana ciencia,
En su soberbio anhelo,
Y la Eterna Verdad, sol esplendente,
Contemplan sus ojos frente á frente.
Así tú, insigne Virgen Castellana,
De Jesús tierna esposa,
Azucena entre abrojos olorosa,
En este amor divino
Aprendiste la ciencia soberana
Que se admira en tus obras inmortales,
Y expresaste con estro peregrino
Las dichas celestiales
Que goza el alma pura,
Haciendo de sí misma una morada
De virginal y espléndida hermosura,
Por el Rey de los cielos habitada (1).

Como al nacer el alba nace el día,
Este divino amor nació contigo;
Fué tu norte y tu guía,
Puerto feliz do siempre hallaste abrigo.
Tu alma grande, sublime, generosa,
De la eterna bondad y la belleza
Aspiró al ideal, le buscó ansiosa;
Y en la suprema y celestial grandeza
Del Sumo Crëador, allí tan sólo
Pudo encontrar tu espíritu ferviente
El ideal que concibió tu mente.
Tu corazón, de Dios enamorado,
A Dios se consagró con vivo anhelo,
Y mereció del cielo,
Porque su llama fuera inextinguible,
Ser por candente dardo traspasado.

II.

Virgenes venturosas, que ostentando
La talar vestidura
De nítida blancura,
Y en vuestras manos la triunfante palma,
Signos de la victoria
Que contra el mundo consiguió vuestra alma,
Vais en pos del Cordero caminando
En las altas mansiones de la gloria,
En su eterno loor himnos cantando;
Prestad á la voz mía
La célica expresión de vuestro acento,
De vuestra voz la dulce melodía;
Que es pobre y débil el lenguaje humano
Para expresar tan mágico portento
Y describir favor tan soberano.

III.

En actitud ferviente,
Al pié del ara santa prosternada,
Do se muestra trisísima y doliente,
En la cruz enclavada,
La dulce imagen de Jesús paciente,
Teresa con tiernísima mirada
Contempla al Redentor; mas ¡quién pudiera
El asombro expresar que su alma siente
Cuando aquel sacrificio considera
Que hizo el Verbo humanado
Por redimir al hombre del pecado!.....
«¡Oh infinita bondad!—Teresa exclama.—
¡Oh dulce Señor mio!
Al meditar en tí, ¿quién no te ama?.....

¡Ciega el alma será que no se asombre
Al ver á un Dios muriendo por el hombre!.....»

Como manso arroyuelo, que sin ruido
En el verjel florido
Se desliza entre rosas,
Su rostro inundan lágrimas copiosas.
Por acerbo dolor el alma opresa,
Parece que la vida
Va á extinguirse en el pecho de Teresa.

Al Padre celestial mira ofendido;
Misericordia implora;
De la flaqueza humana condolido
Su corazón, del alma pecadora
Llora el destino infausto
Y la desdicha fiera,
Y en su dolor profundo,
¡Ay! poseer quisiera
Un corazón tan grande como el mundo,
Para ofrecerlo á Dios en holocausto,
Y como mirra de preciosa esencia,
Su espíritu inmolar hasta extinguirse,
Arder y consumirse
De Dios en la presencia.

Suspira por la muerte bienhechora,
En que el alma, como ave desprendida
Del duro lazo y de la red traidora,
Podrá tender el vuelo, ¡oh feliz suerte!
Y llegar do el eterno bien se anida,
Donde jamás imperio halló la muerte.
Y mientras llega la anhelada hora,
La tierna Virgen, fiel imitadora
Del divino modelo,
El cáliz del dolor beber ansia;
No pide al mundo goces ni alegría;
Padecer ó morir, ése es su anhelo;
Y envidia al que feliz sube al empiro
Con la gloriosa palma del martirio.
Y es tan viva, tan grande, tan vehemente
Su emoción, que la lengua enmudecida
No halla frases que expresen lo que siente;
Y á los piés del Señor, á quien adora,
Por quien diera la vida,
En éxtasis ferviente

Ama en silencio, y en silencio llora.....
¡Qué oración más hermosa y elocuente!.....

El celestial Esposo,
Como en huerto florido y oloroso,
De Teresa en el alma bendecida,
Y de virtudes rica, embellecida,
Cual hermocean al pensil las flores
Con su exquisito aroma y sus colores,
Recreáse gozoso.
¡Oh instante venturoso!
Mensajero del cielo
Mira Teresa, en premio de su anhelo,
Un sér extraordinario, peregrino,
Cerca de sí; su rostro fulgurante
Brilla más que el lucero vespertino;
Rayos del sol coronan su cabeza,
Y no hay lenguaje humano
Que expresar pueda su sin par belleza.
Lleva en la diestra mano
Un dardo de oro, y hácia el pecho amante
De la extática Virgen anhelante
La flamígera punta dirigiendo,
Su corazón traspasa
Y con fuego seráfico le abrasa.

Cuando el querube aparta el hierro ardiente,
Con atracción inmensa, irresistible,
Parece que el espíritu se lleva
De Teresa, que goza de indecible
Ventura, inexplicable,
Infinito placer, puro, inefable,
Y gime débilmente
Como gacela herida,
Cual si á extinguirse fuera dulcemente
En su pecho la vida.
Alas la da el amor, y su alma eleva
Como nube de incienso vaporosa
A la eternal morada,
Y del amor divino
La virginal esposa
En el piélago azul queda anegada.
¡Oh amor de Dios! ¡Oh llama inextinguible!
En su pecho arderás mientras aliena,
Porque apagar el fuego es imposible
Que se encienda en el Sol Omnipotente! (2).

(2) Santa Teresa, en sus escritos, usa muchas veces de la palabra Sol, aplicada á la belleza, majestad y grandeza de Dios. Hablando del alma del justo habitada por Dios y comparándola con un castillo todo de diamante ó muy claro cristal, dice: «y á todas partes della se comunica este Sol que está en este palacio.» (*Moradas primeras*, cap. II.)
«Cuando mira este divino Sol, deslúmbrale la claridad, etc.» (*Vida de Santa Teresa*, cap. xx.)

Cual líquido diamante cristalino,
Desprendido del llanto de la aurora,
Al caer en el mar su sér confunde
Con el inmenso Océano,
A impulso de este afecto soberano,
De este fuego divino,
Se une Teresa al Dios en quien adora,
Y no es ella, Dios sólo en su alma vive,
Y vida de su sér sólo recibe.

Su corazón, de Dios enamorado,
Y por el igneo dardo traspasado,
Gozando de ventura inexplicable,
Angélica, inefable,
Queda, y en tanto el celestial querube,
Cumplida su misión, al cielo sube.
¡Oh amor de Dios! ¡Oh llama inextinguible!
En su pecho arderás eternamente,
Porque apagar el fuego es imposible
Que se encienda en el Sol Omnipotente.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

EL TERCER CENTENARIO

DE SANTA TERESA DE JESUS.

ODA (3).

Y así pasan centurias tras centurias,
Sin salir de aquel fango;
Y surge Grecia, y se levanta Roma,
Y Grecia y Roma injurias sobre injurias
Lanzan á la mujer, del alto rango
De persona al de cosa rebajada.
Tan sólo cuando asoma
La evangélica luz por el Oriente,
Y se proclama el fin de los tiranos
A la voz de Jesús grandilocuente:
«¡Todos somos hermanos!»
Cuando se abren los cielos, de fulgores
Henchidos y de flores y alegría,
Y circundada de ángeles, los hiende
La Madre de los púdicos amores,
La Pura, la Castísima María,
Sólo entónces sonó la ansiada hora
En que la esclava se trocó en señora.

¿Oís, oís? Hasta nosotros llegan
De himnos mil los acordes armoniosos,
Y en inefable gozo el alma anegando.
¿Por ventura al oírlos victoriosos,
Con sus ecos juntando vuestro acento,
Pensáis que el mundo alborozado canta
De una mujer tan sólo las virtudes?.....
¡Mezquino pensamiento,
Siquiera esa mujer sea una santa!.....
¡No! Mirad más arriba:
A la mujer, de agravios seculares,
Que de su historia forman el calvario,
Perdon pide hoy el hombre
En este inolvidable centenario,
Rehabilitando su bendito nombre.

No mireis en la mística TERESA
Tan sólo á la incansable Fundadora,
A la que muere de pecado ilesa,
A la ilustre Escritora,
A la Reformadora del Carmelo,
A la que, al lado de Jesús divino,
Radiante de placer, vive en el cielo.
Grande es así, pero hoy se nos presenta
Más grande aún, á recoger gozosa
Nuestro ardiente loor; hoy representa
El saber, los trabajos, las virtudes
De la mujer sufrida y victoriosa.

Y en ella celebramos los humanos
El fervor de las mártires; la ciencia
De las Galindos, Buccas y Medranos;
De la gran Berenguela la prudencia;
De las Judit, las Arcos y las Pitias,
Las Juarez, y las Blazquez, y Pachecos,
Déboras, Aragon y Margaritas
El heroico valor; de las Susanas,
Virginias y Lucrecias la pureza;
El candor de las vírgenes cristianas;
De Isabel la magnánima entereza;
La caridad de la inmortal Fabiola;
El saber de la Molza y la Nebrija;
La piedad ejemplar con que se inmola
De Edipo al bienestar su amante hija;
De Labilia la honesta fortaleza;
El galano decir de soror Juana;
De Ester la abnegacion y la nobleza;
La virtud sobrehumana
Y eximia santidad de Florentina,
Bárbara, Ines, Eulalia, Isabel, Rosa,
Agueda y Florentina.....
De la mujer, en fin, de todos tiempos,
La suma de los méritos grandiosa.

¿Y en quién mejor que en la sin par TERESA
Honrar pudiera á la mujer el mundo?
Gloriosa santidad, saber profundo,

(1) «..... no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde el Señor tiene sus deleites.»

(SANTA TERESA: *Moradas primeras*, cap. I.)

(3) Lamentamos que la escasez de espacio no nos permita insertar íntegra esta notable composición.



Paris, Aug. 1849. Godchaux & Co. Imp. Systeme Aug. 1849.

Nº 1697

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Carretas, 12.

MADRID

Perfumeria de Nijo, Guerlain, 15, r. de la Paix, Paris.

Faja Regente B^{te} y Corso, Ana de Austria de M^{mes} de Verlus, 12, r. Auber, Paris.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA TABANA